



50 horas bajo escombros

"No pude creer que estaba vivo"

MEXICO DF, (EFE). Un humilde planchador que fue rescatado después de resistir más de 50 horas bajo los escombros, afirmó que cuando revisaba mi cuerpo con las manos, no pude creer que todavía continuara vivo.

El planchador Leonor Ramírez Ramírez, de 24 años, se encontraba en el sexto piso de un céntrico edificio de la capital mexicana cuando, a las 7.19 hora local (13.19 GMT) del jueves, un primer sismo derrumbó la vivienda.

Entre los cientos de inmuebles

que cayeron tras la ola telúrica, el de la fábrica textil donde trabajaba Ramírez quedó convertido en una masa irreconocible de escombros. Debajo el joven planchador aún palpitaba.

Al principio, y durante una hora o más, escuché que varias personas lloraban (...) poco después ya no escuché nada.

Entonces comencé a escavar con mis propias manos para tratar de salir de lo que pensé que era mi tumba... no se cuánto tiempo estuve escarbando, recordó.

Después de largas horas en las

que sólo pudo escuchar el sonido de sus propias uñas raspando la tierra, —no oía el ruido de las máquinas de los equipos de rescate—, Ramírez comenzó a luchar contra el sueño que trataba de apoderarlo.

Había cumplido ya sus primeras 36 horas bajo los escombros cuando, a las 19.40 hora local (01.40 GMT) del viernes, un segundo sismo volvió a sacudir la ciudad.

Pensé que de ésta no saldría vivo, me dio más miedo que el primer terremoto, pero el castillo que me cobijaba aguantó el

movimiento, señaló.

En su castillo subterráneo, Ramírez quiso entonces perder la noción del tiempo, pero las tripas me rechinaban y, sobre todo, tenía mucha sed.

A la media mañana del sábado, el joven planchador era rescatado y, al pie de la que durante más de 50 horas fue su tumba, balbuceaba estas declaraciones a la prensa.

El testimonio es sólo uno de tantos. Su patetismo se ha visto superado por los patéticos casos que todavía se suceden en esta capital.



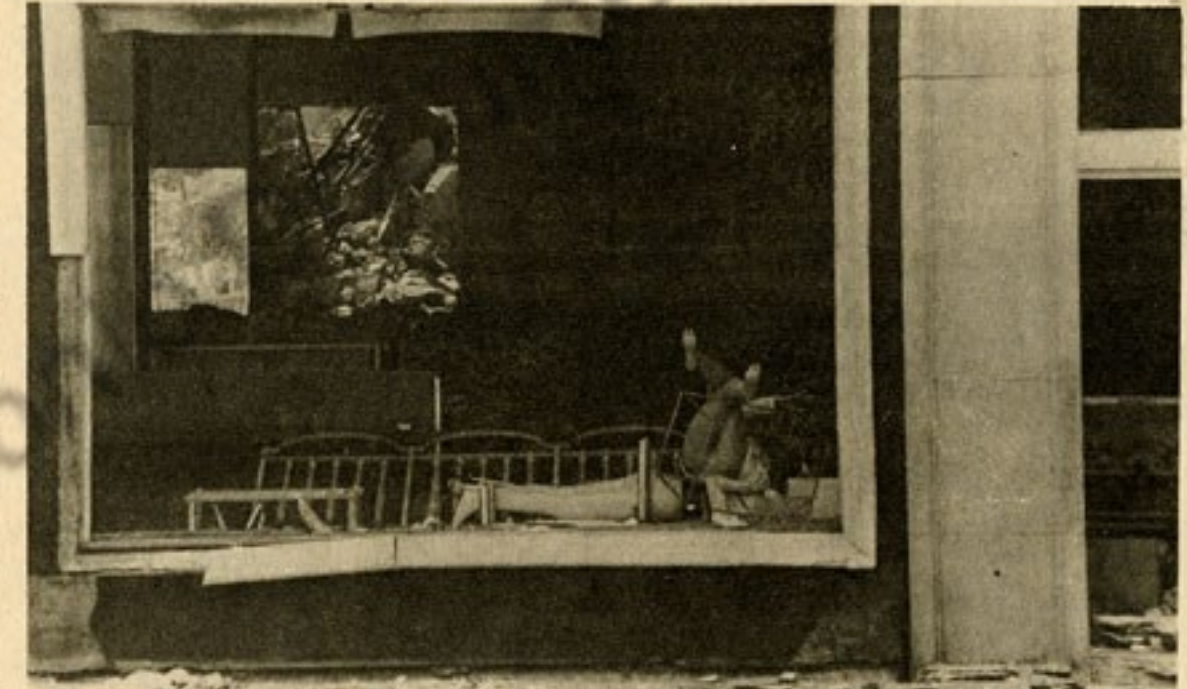
El dolor y la desesperación están en todos los lugares. Y en todos los lugares hay ahora cabida para los heridos y los damnificados. La solidaridad general se ha despertado con motivo de la dura prueba que azota a México. —Foto de Lucía Teresa Solano y Margarita Restrepo, enviadas especiales de EL COLOMBIANO—.



Escenas desgarradoras muestran en toda su crueldad y su crudeza la magnitud de la tragedia vivida por el pueblo mexicano como consecuencia del pavoroso terremoto. La capacidad del personal médico se ha multiplicado hasta lo imposible. —Foto de Lucía Teresa Solano y Margarita Restrepo, enviadas especiales de EL COLOMBIANO—.



Abundan los hospitales de campaña, a lo largo y lo ancho de la ciudad de México. En cualquier esquina, el personal médico improvisa centros de atención urgente a los heridos que salen angustiados de entre los escombros. —Foto de Margarita Restrepo y Lucía Teresa Solano, enviadas especiales de EL COLOMBIANO—.



Era una tienda de muebles, que hasta el momento del terremoto estaba adornada, con los mejores recursos. Los maniqués "yacen" al fondo, en medio de la vitrina destruida. —Foto de Margarita Restrepo y Lucía Teresa Solano, enviadas especiales de EL COLOMBIANO—.

México se está vaciando

MEXICO DF. (EFE). La populosa capital de México se está vaciando: decenas de miles de personas abandonan sus hogares, unos por la evacuación obligada de los barrios más dañados por los terremotos del jueves y viernes y otros movidos por el temor.

Tan sólo por el servicio de autobuses salen de Ciudad de México 5.535 pasajeros por hora, un 25 por ciento más que los usuarios habituales de este servicio, informó el administrador de la central de autobuses.

Por la vía aérea la demanda de pasajes se incrementó en la misma proporción y se formaron interminables colas frente a las oficinas aéreas del aeropuerto internacional de México.

Pero el éxodo se advierte en todo su dramatismo en las calles y en las arterias que conducen a las salidas de esta gigantesca urbe, la primera o segunda del mundo por su área y su densidad demográfica.

En las calles, familias completas con sus pertenencias se encaminan hacia las terminales de autobuses o simplemente tratan de encontrar alojamiento con allegados o amigos que viven en zonas aledañas.

FANTASMAGORICO

Los que disponen de automóviles forman caravanas en las salidas hacia Cuernavaca, Toluca, Queretaro, Puebla y otras ciudades. Los autos van ocupados hasta su máxima capacidad y cargados con toda clase de efectos personales.

Durante la pasada madrugada las áreas más dañadas de esta capital ofrecían un aspecto fantasmagórico, precariamente iluminadas, con numerosos equipos de rescate en plena tarea pero con el silencio urbano de una ciudad abandonada.

Miles de viviendas fueron desalojadas en los barrios de Roma, Juárez, Doctores, Merced, Morelos, Tlatelolco y el México Viejo. No es fácil calcular el número de personas que fueron obligadas a abandonar los inmuebles dañados y en peligro, pero se pueden calcular en decenas de miles, tal vez en más de cien mil.

En algunos casos, las familias o personas individuales se resistieron a alejarse de sus hogares y preferían permanecer en la calle, en improvisadas camas y cubiertos con mantas, lo que no los libraría del frío de la madrugada. Los termómetros descendieron varios grados la pasada noche.

La visión del México monumental, en torno a la gran plaza El Zócalo, era especialmente dramática: las únicas personas visibles

eran las que habían preferido pasar la noche cerca de sus viviendas.

SOLITARIOS

La única animación era la de los equipos de rescate y demolición, policías y soldados, así como los socorristas voluntarios y periodistas.

El Palacio Nacional, la Catedral y los demás edificios monumentales de El Zócalo estaban impresionantemente solitarios.

Algunos de los tradicionales centros nocturnos más populares, incluso los calificados de dudosa moralidad habían dejado de funcionar como tales y se habían convertido en improvisados albergues y centro de descanso y refrigerio para los socorristas y fuerzas de seguridad.



La incertidumbre y la angustia se acentúan en los rostros y los ademanes de los miles y miles de voluntarios que participan en la acción humanitaria de rescate de posibles sobrevivientes y de remoción de escombros en la zona del desastre en México. —Foto de Lucía Teresa Solano y Margarita Restrepo, enviadas especiales de EL COLOMBIANO—.